

Beatriz de Silva

OTRO VERANO SIN PUEBLO

temas de hoy

BEATRIZ DE SILVA
OTRO VERANO SIN PUEBLO

temas de hoy

© Beatriz de Silva, 2025
Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

© Editorial Planeta, S. A., 2025
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2025
Composición: Realización Planeta
ISBN: 978-84-10293-64-9
Depósito legal: B. 5.362-2025
Impresión y encuadernación: Limpergraf
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



CAPÍTULO UNO

Mi buen corazón no sucumbió a las prisas. Vestida con sus zapatitos ortopédicos para fijar la pisada, las medias color carne y falda de tubo elástica, una señora mayor intentaba agacharse sin que sus rodillas le fallaran. De su mano colgaba la correa de un perro despeluchado, de esos a los que, por naturaleza, se los ve más sucios de lo que en realidad están.

En la otra sujetaba la bolsita de plástico de rigor para recoger las cacas.

—Coco, no tires —vociferó la pobre, frustrada.

Llegaba tarde a la entrevista con mis futuras compañeras de piso, pero me detuve para echar un cable.

Por si acaso, el karma.

—¿La ayudo?

—Ay, gracias, bonita —resopló aliviada mientras me encasquetaba la bolsa.

Sus rodillas octogenarias tampoco tenían nada que envidiar a las mías. Mis casi treinta años de intolerancia a la lactosa las hacían crujir cada dos por tres como mordiscos al aire.

—¿Te gustan los perritos? —La pregunta encerraba cierta ironía.

Intercepté el zurullo de Coco y lo deslicé sobre la acera para evitar dejar restos.

—Me encantan —mentí.

Siempre he sido más de gatos.

Con un giro de muñeca a lo sumiller lo envolví en la bolsa y la cerré. Olía a mierda cara. Ese perro no comía pienso. Comía sobras de cocido, chuletillas y croquetas.

La mujer me dedicó una última sonrisa de ángel y continuó con su camino.

—Qué maja eres —dijo alejándose—. ¡Y guapa!

La validación de la mujer me ruborizó. A todos nos gusta que una mujer con experiencia en la vida nos diga que somos buenas personas. Hasta que me di cuenta de que la señora me había dejado con el pastel en la mano y que no había ningún contenedor o basura cerca. Miré el móvil. Llegaba más de media hora tarde. No podía entretenerme. Eché a correr calle abajo con la mierda de perro zarandeándose de un lado a otro dentro de la bolsa y llegué a mi edificio.

Mis futuras compis habían dejado la puerta del piso entornada para que pudiera pasar sin llaves. Ellas me esperaban en el salón tomando un café.

Lali, la pequeña, era estudiante universitaria. Eso me había preocupado. No quería fiestas ni adolescentes hormonados en mi salón. Pero al verla supe que no íbamos a tener ningún problema. Tímida, de melena corta y hombros algo caídos, esbelta y recelosa como un gato siamés, se sentaba en el borde del sofá ocupando poco espacio y con las piernas sin cruzar, lista para salir corriendo en cualquier momento. La otra llevaba un maquillaje demasiado grotesco para ser solo las siete de la tarde y un flequillo recto que enmarcaba su cara redonda. Había invadido el sofá paralelo con su abrigo y su bolso y su forma de juzgarme de arriba abajo. Era la mayor de las tres.

Irrumpí en la estancia cogiendo aire. Había subido por las escaleras para no perder tiempo esperando al ascensor y era un sexto piso.

La tímida se levantó para darme dos besos.

—La casera se ha tenido que ir —explicó—, pero nos ha dejado las llaves.

—Huele a carcoma —dije echando un vistazo a la decoración prefranquista.

—Y no tenemos sartenes —se lamentó Jimena, la del maquillaje de fantasía.

En vez de levantarse para darme dos besos, esperó a que me inclinara sobre ella como un vasallo medieval.

—Soy Jimmy —se presentó.

Iba a decir que mi nombre era Isabel cuando el olor a mierda se me adelantó.

—¿Eso es caca?

De los nervios me puse a juguetear con la bolsa.

—En el anuncio ponía que no tenías mascota.

—No es mía —balbuceé.

Como si eso mejorara las cosas.

—¿Entonces?

—Me lo ha dado una señora por la calle —expliqué—. Es de perro. Tranqui.

Lali y Jimmy se miraron confundidas. Sentí los cuatro ojos juzgadores puestos sobre mí. Tenía que caerles bien. Íbamos a compartir casa, vida y, posiblemente, ciclo menstrual. Ellas ya habían tenido la oportunidad de conocerse en la media hora que yo había tardado. Era muy posible que yo, la forastera, la nueva, no encajara en la energía que ya habían establecido.

—¿La puedes tirar o es que tienes un fetiche? —bufó Jimmy asqueada.

Me apresuré a buscar la cocina y la basura. Cuando vas a vivir en un sitio nuevo, es una prioridad localizar dónde vas a depositar tus desechos.

Aproveché para servirme un vaso de agua y tomar aire. La cocina estaba recién reformada. No me podía creer que hubiera tenido tanta suerte. Conseguir una habitación decente a un precio razonable en el centro de Madrid había sido una labor bíblica. Y más para un alquiler de larga duración.

Mi excasero me había dado la patada para convertir mi excasa en un Airbnb.

El *co-living* (o fracaso de la emancipación juvenil) había hecho que, de las tres, solo una pudiera permitirse la habitación con ventana. Y esa era Jimmy, la que tenía un sueldo superior. A mí me había tocado la despensa reconvertida en cuarto y, qué remedio, tirar de imagina-

ción y Pinterest. Había visto algunas ideas en el móvil por la mañana mientras iba al trabajo. La recomendación popular era hacerse con unas plantas de plástico, guirnaldas de lucecitas led y un cuadro *coquette* con la frase «Lo único imposible es aquello que no intentas», que tapara las grietas en el gotelé. La persona que pensó esa frase claramente nunca tuvo que buscar piso en Madrid.

Cada una se dirigió a su futura habitación para organizar sus pertenencias: las que faltaban y las que sobraban. Cuando vas a vivir en un sitio nuevo tienes que dejar cosas atrás. Un escritorio demasiado ancho, un bote lleno de arena recuerdo de tus vacaciones en Lanzarote, un cuadro siniestro que llevas arrastrando de mudanza en mudanza y ya no recuerdas de dónde lo sacaste o la vela aromática que te regalaron por tu Comunión.

De primeras, el espacio reducido se me planteaba como un gran inconveniente. Sin embargo, después de varios años de experiencias similares sabía que dormir en una despensa era una minucia. Pasaba poco tiempo en mi habitación y compartir hábitat tenía ventajas. Significaba tener aliadas en medio de la vorágine existencial que es estar a punto del *burnout* antes de los treinta; que hubiese alguien en casa para abrirte la puerta si se te olvidaban las llaves o pedir prestada una rebanada de pan cuando no tenías para el desayuno.

Implicaba no estar tan sola.

Me asomé al pasillo para escuchar cómo se organizaban las otras. Una de ellas, seguramente Lali, a la que se veía con cabeza, había traído un metro y estaba midiendo las paredes. Al verme ociosa, me pidió ayuda. Al poco se unió también Jimmy para dar su opinión sobre cómo debíamos decorar nuestros cuartos.

—El tuyo tiene pocas opciones, Isa —se lamentó.

—Me joden bastante los diminutivos —espeté.

El mundo ya se encarga de hacerte sentir minúscula como para andar abreviando las pocas letras que te pertenecen. También odiaba que me quitaran la tilde del apellido en los formularios de la Administración pública. «Que no me priven de lo poco que me queda de mi madre», pensé. Aunque esto último no lo dije en voz alta. Tampoco dije por qué usaba mi segundo apellido, Herrán, el de mi madre, en vez del de mi padre.

Para celebrar el inicio de nuestro período de convivencia, decidimos salir juntas ese mismo jueves. No hay mejor forma de descubrir los papeles de un grupo que estando de fiesta. Está la que, en cuanto empieza a beber, se olvida del susto que se dará al día siguiente al mirar la cuenta del banco; la que hace de perro guardián y vigila para que no se acerquen los que arriman cebolleta, y la que sale con el único objetivo de meter lengua. Me dio la sensación de que Jimmy era de beber las copas como vasos de agua a quince pavos y también la que buscaba con quién volverse a casa. Lali, en cambio, tenía novia y vocación de perro guardián. Si no tienes un rol

claro, quiere decir que tu personalidad es tan insípida como prescindible. Así que me preocupó cuál iba a ser el mío.

Después de un par de cañas en el bar de la esquina, Jimmy tuvo la idea de inaugurar nuestro barrio por todo lo alto. Salir de verdad. Con la mala suerte de que el único garito que prometía tener buena música y más de dos metros cuadrados era un club de *swingers*. No lo supimos hasta que llegamos a la puerta y nos preguntaron si éramos pareja.

Estuve tentada a preguntarle al portero si sabía contar.

—Sí —se adelantó Jimmy, más espabilada—. Las tres. Poliamor.

Nos pusieron una pulsera a cada una y nos dejaron entrar gratis.

—A lo mejor nos tenemos que dar un pico de vez en cuando —bromeó Jimmy forzando una carcajada mefistofélica.

—No me la lieis, que tengo novia —se defendió Lali tragando saliva al ver el espectáculo que se aparecía ante nosotras.

Era pronto y no había mucha gente. Ni siquiera eran las once de la noche. El pasillo con paredes de terciopelo verde nos guio hasta un salón enorme con columnas de piedra y sofás de todos los colores y tejidos. Había también varias barras custodiadas por camareros y camareras que estaban buenísimos.

Lo que mejor pinta tenía de todo era la bandeja de jamón ibérico que se insinuaba como premio por consumir alcohol.

Nos sirvieron una copa a cada una y, cuando nos dispusimos a pagar, los camareros negaron con la cabeza. Alguien nos había invitado.

Había dos o tres parejas de mediana edad y distintas orientaciones sexuales esparcidas por los sofás, sujetando copas de vino y charlando. Una de ellas nos miraba con simpatía. No nos animaron a acercarnos ni nada por el estilo. La invitación había sido genuina; una inocente bienvenida, al parecer. A mí esa generosidad me puso nerviosa, pero no dije nada. Mi papel no estaba claro y no quería etiquetarme tan pronto como *la aguafiestas*.

No vimos ninguna actividad fuera de lo normal hasta que nos fijamos en el techo. Encima de nuestras cabezas un cristal transparente dejaba ver a varias personas semidesnudas y aceitosas restregándose. Nos dio tanta vergüenza que huimos de ahí adentrándonos más en el edificio.

Sabíamos que aquel lugar nos iba a dar buenas anécdotas para el futuro, pero también que, posiblemente, el peaje tendría forma de ETS.

—No toquéis nada —advertí.

Llegamos a un atrio que tenía piscina, tumbonas y cuadros de animales exóticos. Eran láminas impresas y no pinturas originales, protegidas a su vez con una pantalla de plástico. Supuse que para prevenir el deterioro ante posibles salpicaduras.

—¡Vamos a bañarnos!

Desoyendo mi recomendación, Jimmy se quitó la ropa y, en bragas, se aventuró la primera.

El agua parecía un cementerio de espermatozoides.

—¡Está buenísima! —Nos hizo un gesto para que la imitáramos—. Y todo esto, gratis.

Los que no iban a ser gratis eran los antibióticos para la gonorrea.

No había escapatoria. Teníamos que hacer lo propio. Lali y yo doblamos nuestra ropa en dos montoncitos junto a los bolsos y seguimos a Jimmy con las copas en la mano.

Antes de zambullirme en el agua, escondí mis zapatillas dentro del montón de ropa para que no vieran que usaba plantillas. Era uno de mis complejos. No las usaba por necesidad, sino porque me compraba zapatos dos tallas más grandes que mi número real para esconder el verdadero tamaño de mis pies. Eran minúsculos en comparación con el resto de mi cuerpo.

Solo cuando empecé a llevar zapatos grandes como barcos me vi guapa y proporcionada. Una auténtica «mujer de Vitruvio».

—¿Y tú qué haces?

Lali estiraba el cuello para evitar que su pelo recogido en un moño tocara el agua.

—Trabajo en un despacho de abogados —dijo Jimmy—. Me explotan como falsa autónoma. Tengo todos los inconvenientes de una autónoma y encima me obligan a cogerme vacaciones cuando me dicen ellos. ¿Y tú?

—Estudio Marketing —respondió Lali.

Si me preguntaban a mí no iba a responder que era auxiliar de cocina. Así que me hice la original.

—Sobrevivir.

Pensaron que era una respuesta original y no insistieron más. Así pasamos media horita a remojo, como tres predicados sin sujeto, hablando de lo que hacemos para pagar un alquiler que nunca nos permitirá ahorrar para comprarnos nuestra propia casa y no de lo que somos, de lo que de verdad nos gustaría estar haciendo.

—¿Tenéis Insta?

Nos habíamos metido en el agua con los móviles, como medida cautelar para que no nos los robaran o para sacar fotos que no podríamos enseñar a nadie sin explicar antes el contexto.

En ese momento se oficializó nuestra amistad. Cuando supimos la identidad digital de cada una: Lalisalinas918, Itsjimmybitch, Isabel_herran_aa. Estaba segura de que, con el tiempo, recordaríamos nuestros nombres de usuario y no nuestros apellidos.

Al salir del agua nos envolvimos en unas toallas rasposas que olían a suavizante y me tranquilizó pensar que las habían lavado hacía poco.

Vulnerables y con la guardia baja tras el baño, no nos dimos cuenta del par de figuras que se acercaron hacia nuestros montoncitos de ropa y los bolsos. Antes de darnos tiempo a reaccionar, cogieron todo y echaron a correr dejándonos en bolas y sin nuestras pertenencias.

—¡Eh! —gritó Lali.

Si mis reflejos hubieran estado en sus plenas facultades, los habría alcanzado; pero el alcohol y el vaho me habían dejado aturdida. Eran dos tíos. Fui tras ellos, sin

suerte. Correr descalza por un suelo mojado no es una buena idea. Resbalé antes de llegar a la moqueta del pasillo y caí de culo dándome un golpetazo en el coxis. La toalla se soltó, dejándome aún más indigna sobre el suelo, como una pechuga de pavo impactada contra la sartén.

—¿Estás bien? —las compis se acercaron para ayudarme.

—Se van a cagar —murmuré sin hacerles caso.

Fui directa donde los camareros buenorros con cara de buscar problemas y les conté lo que había pasado. Para mi sorpresa, no me dieron la razón como yo esperaba, sino que se encogieron de hombros y señalaron un cartel que, al parecer, llevaba ahí todo el rato.

El cartel rezaba que el establecimiento no se hacía responsable de los objetos personales que pudieran extraviarse.

—Es que no se han extraviado —bufé—. ¡Nos los han robado!

De nuevo, encogimiento de hombros.

—Quiero hablar con el encargado —exigí. Me corregí al instante—. O encargada, lo que sea.

—Ahora mismo no puede atender a nadie, pero puedes rellenar una ficha y dejarla en el buzón de sugerencias.

—No voy a sugerir una mierda. Lo que quiero es que miréis las cámaras de seguridad y me digáis quién coño nos ha robado la ropa y los bolsos.

En ese momento fui consciente de cuál era mi papel en el grupo. La que te mete un codazo si intentas quitar-

le el sitio en un concierto. La que te tira la copa encima si la miras mal en la discoteca. La que pide hojas de reclamaciones. La Montacristos.

—En el bolso teníamos las llaves de casa. No podemos entrar —se quejó Lali tirando por la estrategia de la compasión.

—Por lo menos tenéis los móviles —respondió uno de los camareros.

—Pues con este móvil voy a llamar a la policía —amenacé.

Pero no resultó como esperaba.

El chico asintió.

—Es lo que tienes que hacer —dijo—: ir a comisaría y poner una denuncia. Muchas veces las carteras aparecen a los pocos días, sin el dinero, pero con los documentos y esas cosas. Y las llaves igual. Lo que quieren es *cash*.

—Joder, cómo te lo sabes —insinué—. Parece que has sido tú.

No obtuvimos más ayuda que esa. Y, para colmo, cuando salimos por la puerta del local el portero nos detuvo.

—Las toallas.

—¿Qué?

—Tenéis que devolverlas.

—¿Me estás vacilando?

—No.

Vencidas por la situación, le dimos las toallas y nos quedamos en bolas en medio de la calle. Por fortuna, el verano estaba empezando y no hacía mucho frío. Ade-

más, la rabia calentaba tanto que me sentía las venas arder. Me habría quitado la ropa de haberla tenido puesta. Iba a explotar. Con toda mi fuerza le propiné un patadón al contenedor más próximo con la mala suerte de que, al volver a pisar, mi pie fue a parar sobre un cristal. Jimmy y Lali conservaban sus zapatos, pero yo, desafortunadamente, no. Se los habían llevado dentro del montoncito de ropa.

Es bien sabido que las heridas de los pies son muy aparatosas. La herida más superficial genera un reguero de sangre que echa para atrás a cualquiera. La mía empezó a correr por todo el pie como una *fondue* de fresa.

—¡Hostia! —Lloriqueé más del susto que del dolor.

Ellas se asustaron aún más.

—¡Joder, Isa!

—¡No me llames Isa! —me quejé tapándome el abdomen desnudo con las manos.

Por lo menos, conservábamos la ropa interior. Aunque mojada.

La rabia me impedía pensar con claridad. Quería pegar a alguien. Sabía que ellas estaban igual de jodidas, pero lo expresaban de otra manera. Lali miraba Google Maps, Jimmy se recogía el pelo en un moño que volvía a deshacer a los pocos segundos para rehacerlo aún más despeinado poco después.

—Nos va a dar una infección de orina.

—¿Y qué hacemos?

Lali señaló la pantalla de su móvil. Una ubicación. Urgencias.

Unos enfermeros muy simpáticos nos prestaron batas de quirófano para cubrirnos y protectores de zapatillas para que me pusiera en los pies mientras esperábamos en la sala de espera. No tardaron en dejarme pasar y en curarme la herida.

Le conté la historia a la enfermera que, al terminar, me miró como me habría mirado mi madre si no estuviera muerta.

—Deberíais haceros unos análisis por precaución.

—Pero no hemos hecho nada, eh —aclaré.

—En esos sitios nunca se sabe.

Accedí y me regaló tres botes de plástico para que lleváramos orina.

—El de orina da igual. Pero para la extracción de sangre esperad al menos tres meses antes de venir —recomendó—. Hay que dar tiempo a que las cosas se dejen ver. Si no, puede salir que estáis limpias y en realidad no es así.

—Qué bien.

Me salió del alma.

Con las batas azules de papel medio deshechas, los botes de plástico en la mano y yo cojeando de un pie, nos dirigimos a nuestra siguiente parada: la comisaría.

Mientras esperábamos en la sala de espera, el móvil de Jimmy vibró y ella se distanció de nosotras para hablar en susurros con su madre.

—Sí, sí. ¡Hala! ¡Qué dramas! Nada, estábamos cenando y nos han robado la cartera... En la comisaría. ¡Mamá!, ¿te relajas?

Lali mandaba mensajes como loca. Con el rabillo del ojo la vi informando a más de ocho grupos de Whats-

App de lo que nos había pasado. Debía de ser muy popular.

Aunque ni un solo mensaje de su novia.

Al fin, una llamada de su madre.

—¿Qué haces despierta, mamá? —También Lali se levantó para no molestar a las otras dos personas que estaban esperando.

—Estábamos dando un paseo por el barrio y nos han dado un tirón... No te preocupes... No, no. En nuestro barrio, no. Otro barrio. Nuestro barrio es muy seguro.

La presión de grupo me pudo. Me sentí observada. Era la única de las tres que no estaba mirando su móvil. Era mi propio juicio lo que sentía clavado en la nuca, pero temí que esa gente anónima pensara que nadie se preocupaba por mí.

Sin rayarme demasiado por las consecuencias de esa decisión, saqué el móvil y me lo llevé a la oreja.

—Hola, mami —balbuceé sabiendo que no había nadie al otro lado.

A mi madre nunca le habría mentido, así que dije la verdad.

—Estábamos en un club de *swingers* y nos han robado la ropa y los bolsos.

Noté que las dos personas a mi alrededor aguzaban el oído para enterarse del chisme.

—Nos han dejado unas batas en el hospital. Sí, sí... Tranqui. Ha sido un corte de nada por andar descalza...

Hacía pausas para darle tiempo a mi madre ficticia a reaccionar. También para prestar atención a las reacciones de mi público.

—En comisaría, sí. Estamos bien... Vete a dormir, anda. Mañana te cuento... Venga... Un besito... Te quiero... Adiós, adiós.

Hice como que colgaba al mismo tiempo que mis compañeras volvían a su sitio.

Jimmy señaló su móvil.

—Madres.

Asentí sin mirarlas a los ojos para que no vieran la palabra tatuada en mi frente: mentirosa.